

DIALÉCTICA ENTRE CIENCIA Y COSMOVISIÓN. SOBRE EL ANTISEMITISMO EN LA SOCIOLOGÍA

Dialectic of Science and Worldview. On Antisemitism in Sociology

DETLEV CLAUSSEN*

d.claussen@ish.uni-hannover.de

Fecha de recepción: 15 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación: 22 de octubre de 2012

RESUMEN

Auschwitz, como encarnación del exterminio nacional-socialista de los judíos europeos, ha trastocado la perspectiva de la historia del antisemitismo, y ésta solo puede corregirse mediante una reflexión de teoría de la sociedad. A lo largo de la historia, la sociología se ha mostrado incapaz de producir teorías del antisemitismo que no fueran racionalistas. Lo concebía como un vestigio pre-burgués, y no como una parte integrante de la sociedad burguesa. El presente texto analiza el antisemitismo como una parte constitutiva y no clarificada de la sociología.

Palabras clave: antisemitismo; sociología; racionalismo; dialéctica de la Ilustración.

ABSTRACT

Auschwitz, as epitome of the mass extermination of the european Jews, has displaced the perspective of the history of antisemitism; now the latter may only be adjusted through social theory. Throughout history, sociology has proved to be incapable to theorize antisemitism in a not-rationalistic manner. It conceived antisemitism as a pre-bourgeois relic, not as a constitutive component of modern society. The present paper analyzes antisemitism as an unenlightened, constitutive component of sociology itself.

Key words: antisemitism; sociology; rationalism; dialectic of Enlightenment.

* Autor y ensayista alemán. Profesor emérito en la Leibniz Universität Hannover.

“La conciencia científica no puede contentarse con descifrar el enigma de la irracionalidad antisemita en clave irracional. En lugar de ello, el enigma exige su resolución social, y ésta no es posible en la esfera de las particularidades nacionales.”

(Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, 1959)

Todo comienza en Francia: la sociología y –aunque cuesta creerlo– también el antisemitismo. Auschwitz, como encarnación del exterminio nacional-socialista de los judíos europeos entre 1942 y 1945, ha trastocado la perspectiva de la historia del antisemitismo, y ésta solo puede corregirse mediante una reflexión de teoría de la sociedad. Los primeros en cambiar de perspectiva fueron los teóricos críticos emigrados a los Estados Unidos, y lo hicieron en su obra clave y de carácter epocal, la *Dialéctica de la Ilustración*. En agosto de 1940, Adorno había escrito a Horkheimer: “Poco a poco, también bajo la impresión de las últimas noticias que llegan desde Alemania, tengo la impresión de que ya no voy a poder liberarme del pensamiento en el destino de los judíos. A menudo tengo la sensación de que todo aquello que estábamos acostumbrados a ver desde la perspectiva del proletariado hubiera pasado a los judíos en una terrible concentración”¹. La respuesta de Horkheimer llega el 24 de septiembre de 1940: “Estoy convencido de que la cuestión judía es la cuestión clave de la sociedad actual: en esto coincidimos con Marx y con Hitler, pero por lo demás a este respecto coincidimos tan poco con ellos como con Freud”².

Esta frase requiere interpretación, no solo en el sentido de una *intellectual history*, sino también en relación con la cosa misma. Ninguno de los tres autores mencionados era sociólogo, pero después de 1945 todos ellos han sido acusados de antisemitismo: Marx y Freud injustamente, el propio Hitler era un antisemita declarado, pero de un tipo peculiar. Él mismo designaba su antisemitismo como un “antisemitismo de la razón”, y quería que se lo diferenciara tanto del odio pre-burgués a los judíos, de matriz cristiana, como de los movimientos antisemitas del siglo XIX centrados en esa sola cuestión (“antisemitismo del sentimiento”)³. La sociología, el conocimiento de la sociedad, no le interesaba. Quería transformar radicalmente la

¹ Theodor W. ADORNO: carta a Max Horkheimer el 5 de agosto de 1940, en *Adorno-Horkheimer Briefwechsel*, vol. II, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2004, pág. 84.

² Max HORKHEIMER: carta a Theodor W. Adorno, 24 de septiembre de 1940, en *Ibid.*, pág. 103.

³ Adolf HITLER: “Carta a Adolf Gemlich (1921)”, en D. Claussen: *Vom Judenhass zum Antisemitismus. Materialien zu einer verleugneten Geschichte*, Darmstadt y Neuwied: Luchterhand, 1987, págs. 190 ss.

sociedad, y de hecho la acción más radical de los nacional-socialistas, el exterminio de los judíos europeos, la transformó de modo irreversible. Cuando se interpreta este crimen como realización de la fantasía de un individuo, se lo racionaliza. El intento de comprender lo inconcebible solo puede alcanzarse mediante el conocimiento de la sociedad que hizo posible esta acción y engendró a sus perpetradores.

A lo largo de buena parte de su historia, la sociología se ha mostrado incapaz de producir teorías del antisemitismo que no fueran racionalistas. La razón profunda podría ser que la sociología estuvo desde el principio entrelazada con su objeto de conocimiento, la sociedad burguesa, y por tanto concebía el antisemitismo como un vestigio pre-burgués y no como una parte integrante y genuina de la sociedad burguesa, que además se reproducía en ella. Analizar el antisemitismo como una parte constitutiva y no clarificada de la sociología es algo oportuno desde una perspectiva históricamente concreta: tanto más cuando el *mainstream* de las ciencias sociales considera la vertiente de crítica de la sociedad en la sociología y la vertiente de crítica de la cultura en el psicoanálisis como dos enfoques que ya no están *up to date*.

Los sociólogos y los marxistas se consideraban herederos de la ilustración; ambos comparten un racionalismo que limita su perspectiva de las tendencias evolutivas de la sociedad. En la sociología esto puede apreciarse en su carácter fundamentalmente afirmativo y positivista, en los marxismos en su confianza en la historia. Auschwitz y el archipiélago Gulag impiden seguir confiando en esta sosegada “voz del intelecto”⁴ como aún podía hacerlo Freud –aunque con cierto escepticismo– en 1927. El hecho de que ni la sociología ni los marxismos, ya en su figura histórica del largo siglo XIX, hayan sido capaces de comprender la “dialéctica de la Ilustración” ha llevado a una aversión estructural hacia la teoría por parte de la sociología y ha conducido a una resurrección de la ética en la filosofía que, en la cotidianidad de los medios de comunicación, encuentra su contrapartida en el sucedáneo barato de una discusión sobre los valores. El impulso emancipador que había inspirado la sociología ha sido reemplazado por una propensión al orden que ya estaba presente en el lema programático de Comte, “orden y progreso”. La sociología del presente amenaza con degradarse a mera ciencia del orden.

⁴ Sigmund FREUD: *Die Zukunft einer Illusion* (1927), en *Gesammelte Werke*, vol. XIV, Fischer: Frankfurt a. M., 1999, pág. 377 [trad. esp.: *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas*, vol. 21 (1927-1931), traducción de José L. Etxeverry, Buenos Aires: Amorrortu, 1986, págs. 5-55].

En los siglos XVII y XVIII, la postura de la Ilustración respecto a los judíos era ambivalente; esta ambivalencia se introdujo en la sociología, que era un retoño del siglo XIX. Los tradicionalistas judíos, como más tarde los sionistas, se sentían amenazados por la tendencia ilustrada de la sociedad burguesa y por la secularización aparejada a ella. Retrospectivamente, después de la catástrofe civilizatoria de Auschwitz, surgió una bibliografía ubicada más bien en el ámbito la historia de las ideas, que se obstinaba en subrayar la tendencia hostil a los judíos propia la Ilustración, sin darse cuenta de que ésta ofrecía a su vez el único antídoto intelectual contra el antisemitismo⁵. Solo la puesta en práctica de una dialéctica de la Ilustración puede corregir las deformaciones racionalistas y políticamente intencionadas de la historia del pasado burgués. La implantación de la sociedad burguesa durante el largo siglo XIX, el surgimiento de la sociología como ciencia y la formación del antisemitismo moderno son fenómenos íntimamente relacionados entre sí. La destrucción y autodestrucción del mundo burgués durante el *short century*, el breve siglo XX, resulta inconcebible sin el exterminio de los judíos europeos. Sin esta mirada retrospectiva no puede comprenderse el siglo XX. Pero la sociología la ha rehuido por mucho tiempo, dejándosela a los historiadores.

Debido a la herencia racionalista de la sociología, en el siglo XIX los judíos desaparecieron de las ciencias sociales. En general, la Ilustración había exigido a los judíos que se transformaran: debían dejar de ser miembros de una secta religiosa para convertirse en ciudadanos con igualdad de derechos. Se negaba a los judíos como nación pre-burguesa, pero los *citoyens* de la comunidad burguesa les acogían como sujetos emancipados a nivel individual. La perspectiva sociológica, centrada en los hechos, confirmó a los crédulos que en la sociedad burguesa los judíos emancipados parecían ascender socialmente. En cambio, la perspectiva antisemita veía judíos en todas partes: camuflados como hombres modernos secularizados o como ola de inmigrantes provenientes de Europa oriental. Los primeros sociólogos estaban orgullosos de su carácter científico, mientras que los primeros antisemitas modernos insistían en su realismo. A finales del largo siglo XIX, especialmente en Alemania y Francia, sociólogos y antisemitas pugnaban por alcanzar un carácter científico libre de juicios de valor. Negar que el antisemitismo –y más tarde también al racismo– tuviera un carácter científico en lugar de plantear una autorreflexión sobre el propio cientifismo racionalista siguió siendo un punto débil de la

⁵ Cfr. sobre todo la obra, sumamente rica en material, de León POLIAKOV: *Die Aufklärung und ihre judenfeindliche Tendenz*, Worms: Heintz, 1983.

argumentación anti-antisemita, aún durante el *short century*. Y el denominado “socialismo científico” siguió los pasos del racionalismo burgués en este extravío por la senda de la credulidad científica. El antisemitismo parecía un prejuicio superado que podía ser fácilmente refutado mediante la recogida de datos. La célebre expresión de August Bebel al hablar del “socialismo de los idiotas” debe ser entendida en este contexto racionalista, que intentaba comprender a los antisemitas desde una sociología práctico-política.

Por insuficiente que hoy parezca el marxismo racionalista de la época de la Segunda Internacional, al menos hay que reconocerle que combatiera el antisemitismo como fenómeno político y que se interesara por él, porque lo concebía como un problema de la praxis política. Por el contrario, la sociología francesa temprana quería emanciparse de la filosofía política, que iba acompañada entre los primeros socialistas de una fuerte herencia antisemita. Esto resulta visible en la figura de August Comte (1798-1857), que durante su juventud fue secretario privado de Saint Simon: los judíos le eran indiferentes, lo que le preocupaba era el gran desorden que había seguido a la Revolución Francesa. La sociología debía ocupar el lugar de la filosofía práctica ilustrada, que Comte identificaba como agitación metafísica. En Comte pueden constatarse rasgos de lo que Adorno denominaría antisemitismo secundario; éste no se refiere inmediatamente a los judíos, sino a fenómenos que el antisemitismo primario identifica con ellos: por ejemplo el no tener raíces, una intelectualidad excesiva, el secretismo misterioso o la deslealtad hacia los poderes establecidos. Este último elemento sería el asunto fundamental del caso Dreyfus, en el que Émile Durkheim se manifestó claramente como *dreyfusard*. Su texto de 1898, “El individualismo y los intelectuales”, toma inequívocamente partido por el oficial judío injustamente perseguido. Pero en su inmensa obra, cuya relevancia constitutiva para la sociología sólo es comparable con la de Max Weber, los judíos desaparecen de la sociedad en la medida en que no son visibles. Durkheim transforma todas las relaciones sociales que analiza en hechos espirituales que pretende tratar como cosas, sin sentimientos ni prejuicios. Su toma de partido por Dreyfus se enfrenta a su *chosisme* teórico, que concede prioridad a la *conscience collectif* frente al individualismo. A la sociología de Durkheim le faltan los medios intelectuales para comprender el antisemitismo.

Este error estructural sociologista continúa influyendo en la investigación actual sobre el antisemitismo, que sigue atribuyendo causas espirituales a los fenómenos sociales. Eso tiene que ver con la función de la sociología en el largo siglo XIX, que

se entendía a sí misma como antídoto contra la teoría revolucionaria. Comte se posicionaba contra los ideólogos de la revolución francesa, para Durkheim –y especialmente para Weber– la amenaza intelectual era Marx. Para ellos el peligro para la sociedad burguesa no venía del antisemitismo, sino de la revolución social, y consideraban a Marx, el sociólogo clásico, como su profeta. El propio Marx no se concebía a sí mismo como sociólogo, sino como teórico de la revolución social, al principio en un país retrasado con respecto a Inglaterra y Francia. Cuando en 1843 escribió su ensayo pionero “Sobre la cuestión judía”, Alemania ni siquiera existía, o existía tan solo en “el reino etéreo de los sueños”, como tan bien lo formulara Heine. El escrito de Marx apenas fue leído durante el *Vormärz*, sino solo a finales de siglo, cuando los movimientos antisemitas comenzaron a competir con el movimiento obrero. En ese mismo momento se estaba constituyendo el movimiento sionista, cuyos ideólogos creían poder desacreditar el texto de Marx como antisemita. Se había olvidado que dicho texto era una crítica al hegeliano de izquierda Bruno Bauer, que había encarnado un verdadero antisemitismo *avant la lettre* dentro del movimiento democrático alemán durante el *Vormärz*; Bauer atribuía la responsabilidad de la emancipación a los judíos y no la consideraba una cuestión de la transformación social. En un país retrasado como Alemania, durante el *Vormärz* la revolución burguesa seguía estando pendiente; la discriminación civil de los judíos era una experiencia cotidiana en las sociedades pre-burguesas. Marx cambia el modo de enfocar la “cuestión judía”, que no podía resolverse en el marco de sociedades estamentales pre-burguesas cuestionar su carácter de dominio absoluto, de modo que ésta dejaba de ser una cuestión de conciencia para convertirse en una cuestión de la necesidad de transformación social: en lugar de un estado cristiano debía surgir una sociedad secular burguesa. El punto débil del texto marxiano es su carácter abstracto y no que se dirigiera contra los judíos empíricos, como a menudo se ha malinterpretado más tarde.

El texto de Marx “Sobre la cuestión judía”, y esto es lo que Horkheimer recordaba a Adorno en su carta de 1940, plantea la cuestión de la sociedad justa, y esta cuestión estaba pendiente tanto durante el *Vormärz* como a mediados del *short century*. El destino de la sociedad burguesa puede leerse en el destino de los judíos. Ambos están condenados al hundimiento. Para la sociología de los últimos cien años, la “cuestión judía” estaba superada, era una pregunta del pasado. Para los antisemitas no. Evocar un peligro judío permitía encontrar culpables a los que responsabilizar de la tendencia a la crisis de la anónima sociedad burguesa. Los

antisemitas franceses del siglo XIX son un fenómeno tan característico de la época que sigue a la revolución como lo son las sociologías de Comte y Durkheim. En el caso de Durkheim, que a partir de 1871 había estudiado minuciosamente Alemania, se añade además la competencia con el reciente estado-nación alemán. De hecho, el auge de los movimientos antisemitas en Europa continental en el último tercio del siglo XIX está vinculado al incremento del nacionalismo, que, al igual que el antisemitismo, el racismo y el colonialismo, ha constituido una asignatura pendiente de la sociología. Esto se debe a que, en las pocas ocasiones en que se los ha tomado en serio, nacionalismo y antisemitismo han sido interpretados como ideologías y no como formas de praxis. Esta comprensión se apoya en una deformación típica de la Ilustración, que asume el modelo del aparejador: primero existe un plan y luego es aplicado a la realidad. La sociología concibe las explicaciones antisemitas de la violencia contra los judíos como si fueran entidades espirituales, y de este modo las racionaliza en lugar de reconocerlas como lo que son: justificaciones de la violencia contra los judíos en forma de palabras y acciones. Los efectos secundarios que la violencia antisemita tiene sobre la conciencia pueden entenderse como una cosmovisión que no provoca violencia, sino que la legitima. Es decir, se trata de una forma debilitada de creencia que, de acuerdo con la moda de finales del *long century*, se hace pasar por ciencia. El antisemita, como el sociólogo empírico, se apoya en una enorme cantidad de datos que organiza de acuerdo con su cosmovisión⁶. Marcel Stoetzler ha caracterizado con exactitud esta forma de antisemitismo como una “parodia de la teoría social”.

A lo largo del largo siglo XIX, en Europa la sociología fue una disciplina disputada; en el *short century* encontró su hogar en los Estados Unidos. La miseria de posguerra, la crisis económica mundial y el intento nacional-socialista de hacerse con el poder mundial llevaron a muchos intelectuales de Europa continental a trasladarse a los Estados Unidos en la primera mitad del *short century*. Para su gran espanto, estos intelectuales padecieron el antisemitismo en la cotidianeidad del país de acogida como un fenómeno social. Lo que en Europa podía entenderse como un fenómeno socio-histórico del paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, en Estados Unidos debía entenderse como un producto específico de la sociedad

⁶ Elijo conscientemente la palabra alemana *Weltanschauung*, cosmovisión, para no hablar del antisemitismo como de una ideología, ya que éstas tienen siempre un momento de verdad. Intento acercarme a los efectos secundarios intelectuales de la praxis antisemita, que solo pueden ser comprendidos desde la psicología social, con el concepto de “religión de la cotidianeidad”, que desarrolla la idea de Adorno de una “creencia descreída”.

burguesa. Aquí los judíos no eran un grupo privilegiado de forma ambigua por el dominio tradicional, como ocurría en Europa, sino un grupo de inmigrantes entre otros, aunque quizá no fuera un grupo de inmigrantes más. La experiencia americana de los intelectuales exiliados arrojaba luz sobre la sociedad burguesa como un todo: ésta podía considerarse una sociedad genuinamente antisemita. El antisemitismo ya no podía ser entendido como un vestigio de la prehistoria burguesa, sino que había que analizarlo como un fenómeno actual del presente burgués. Al igual que en la sociología europea clásica, en un primer momento la sociología estadounidense no consideraría seriamente el antisemitismo. Éste solo logró introducirse en las ciencias sociales mediante la fórmula banalizante de “investigación sobre el prejuicio”. Los *Studies in Prejudice* fomentados por Horkheimer abrieron la brecha que permitió que, además de la predominante cuestión de la raza, también la cuestión judía comenzara a ser objeto de investigación sociológica seria. Este proceso culminó en *La personalidad autoritaria*, de 1951. Pese al enorme éxito del libro, Adorno era consciente de sus carencias: “La referencia a la *Dialéctica de la Ilustración* no me parece superflua, porque este libro impide un malentendido al que *La personalidad autoritaria* se vio expuesto desde el principio –y del que la propia obra, por los temas en los que hacía énfasis, no estaba totalmente libre de culpa–: que los autores habían intentado fundamentar el antisemitismo, y a partir de él también el fascismo, de modo exclusivamente subjetivo, incurriendo en el error de que este fenómeno político-económico fuera de tipo primariamente psicológico [...]. Los ‘Elementos de antisemitismo’ han situado teóricamente el prejuicio racial en el contexto de una teoría crítica de la sociedad dirigida a la objetividad”⁷.

El interés de una “teoría crítica dirigida a la objetividad”, que no puede prescindir de la mediación de una psicología social analítica cuya continuación no interesa a la psicología como disciplina especializada, amenaza con desaparecer de la sociología como disciplina especializada. En la disputa de las facultades, el antisemitismo parece convertirse en un objeto científico deformado tanto a nivel teórico como empírico. La pervivencia del antisemitismo después de Auschwitz, incluso su universalización en un mundo globalizado, exige urgentemente una reflexión socio-histórica sobre el final de la sociedad burguesa, que resulta patente cuando se com-

⁷ Theodor W. ADORNO: “Wissenschaftliche Erfahrungen in Amerika”, en *Gesammelte Schriften* 10.2, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1997, pág. 722 [“Experiencias científicas en América”, trad. esp. de Jorge Navarro en *Obra completa* 10.2, Madrid: Akal, 2009]. Mi propia obra *Grenzen der Aufklärung. Die gesellschaftliche Genese des modernen Antisemitismus* [Frankfurt a. M.: Fischer, 2005] intenta continuar los “Elementos de antisemitismo”.

para la situación de Francia, Alemania y Estados Unidos en el largo siglo XIX con la actual. La política de la memoria que se ha instituido al final del *short century* ha vuelto a recluir el estudio histórico en la prisión de la historiografía nacional de la que la había liberado la teoría crítica de la sociedad con su intento de mediar la teoría objetiva y la psicología social analítica. Una mirada retrospectiva a la génesis de la sociología y del antisemitismo moderno puede dar pie a la necesaria autorreflexión de las distintas ciencias en disputa que permita centrarse con toda claridad en el objeto: la praxis antisemita y las visiones del mundo que la acompañan.

Traducción del alemán: Jordi Maiso